

LOS ESTUDIOS INCAICOS Y RIVA AGÜERO *

Franklin Pease G. Y.

En 1906 José Toribio Polo publicó en la *Revista Histórica* un ensayo sobre el Inca Garcilaso, haciendo un breve intento de reivindicar la memoria del cronista cuzqueño. El trabajo, fundamentalmente de índole biográfica, presenta al cronista como un autor de mérito positivo e inicia una reacción contra los muchas veces injustos ataques hechos al inca historiador. El mismo año aparece también en la misma revista el *Examen de la Primera Parte de los Comentarios Reales*, cuyo autor era un joven estudioso que había sido brillante alumno en la vieja casa sanmarquina. Si bien Polo había roto la costumbre de criticar en forma destructiva a Garcilaso, el nuevo trabajo que acoge la *Revista Histórica* rompe lanzas de manera definitiva a favor del cronista mestizo. Desde entonces y hasta su muerte José de la Riva Agüero realizó uno de los intentos más felices en su tiempo para analizar la vida del país que los incas llevaron a su mejor realidad.

A través de los *Comentarios Reales* descubre Riva Agüero una clara imagen del mundo incaico. El libro de Garcilaso le sirve de pretexto para pasar revista al terreno, poco desbrozado entonces, de las fuentes escritas y para esbozar un estudio de los incas; hace, como dice Basadre, una historia vertical y profunda al mismo tiempo que mantiene una visión horizontal, amplia y de conjunto, innovando con esto la investigación histórica en nuestro medio (1). Con los medios limitados que entonces había, con la escasez de crónicas al alcance del investigador y el estudioso, con la falta casi absoluta de documentos complementarios y con la carencia de los aportes actuales de la etnología y antropología andinas,

* Leído en el Instituto Riva Agüero el 27-IV-1966.

1) BASADRE, Jorge... Prólogo a *La Historia en el Perú*; en *Obras Completas de José de la Riva Agüero*, Vol. IV, Lima, Villanueva, 1965. p. XVI.

Riva Agüero hace un gigantesco esfuerzo para entregar una visión clara y completa del mundo andino. Ya en *La Historia en el Perú* se nota un interés por explicar los fenómenos de la vida incaica no sólo por pura intervención de personajes más o menos sonoros, sino descubriendo la importancia de los estamentos sociales y su actividad pública. La revisión de las fuentes conocidas hasta principios de este siglo cumple con llenar un vacío hasta entonces no tocado y es el primer intento serio —fuera de ocasionales ensayos— de sistematización de las fuentes historiográficas peruanas. Antes de *La Historia en el Perú* sólo había intentos parciales y escondidos en obras generales como la de Prescott o en prólogos como los de Jiménez de la Espada.

No debe extrañar que Riva Agüero iniciara sus estudios con Garcilaso. Las afirmaciones de los eruditos sobre el valor de la obra del Inca eran un reto para el estudioso de la historia. Se había acusado a Garcilaso de plagiarlo, de poco veraz en lo que salvaba de esta acusación, de fabricar una visión idealizada del mundo incaico e ignorar lo anterior a él. Las acusaciones iniciadas por Prescott y otros autores culminaron en un apasionado artículo de D. Manuel González de la Rosa que la *Revista Histórica* publicó en 1907 en el mismo número en que concluía el *Examen de la Primera Parte de los Comentarios Reales*. Al mismo tiempo que reconoció de paso el mérito del estudio de Riva Agüero, afirmaba González de la Rosa el plagio de la obra de Blas Valera por el Inca Garcilaso, terminando con un largo planteamiento acerca de la obra perdida del padre Valera y comentando la edición que Jiménez de la Espada hiciera del manuscrito del jesuita anónimo y que el mismo Jiménez dudaba de atribuir a Valera. El problema planteado por las partes perdidas de la obra de Valera aún no ha sido resuelto totalmente; pero las acusaciones de González de la Rosa huelen casi a un fanatismo exaltado. La mesurada respuesta de Riva Agüero aclara el panorama sobre la dispersión de los papeles de Valera en el sitio de Cádiz por los ingleses y refuta a González de la Rosa al demostrar que en 1586 Garcilaso ya trabajaba en sus *Comentarios*, antes que el jesuita Maldonado de Saavedra la entregara lo que en Cádiz se salvó de Valera. (2).

Garcilaso es, en *La Historia en el Perú*, el camino para estudiar la historia incaica. Es a través de su examen que el historiador analiza los problemas que considera más importantes. Ya en este libro se esboza el pensamiento del autor sobre la continuidad existente entre el mundo, que él llamó *paleoquechua* de Tiahuanaco, y la cultura incaica, que luego será más ampliamente expuesto en su estudio sobre *Raza y Lengua probables de Tiahuanaco*, presentado al Congreso sevillano de 1930, y que llega a una clara y terminante exposición en las lecciones magistrales de 1937.

2) RIVA AGUERO Y OSMA, José de la... *Garcilaso y el Padre Valera* (respuesta a una crítica), en *Revista Histórica*. Vol. III. Trim. I, Lima, 1908. p. 49.

Frente a los primeros incas tiene Riva Agüero un planteamiento bastante claro, aunque modificado con el tiempo. Escribe en 1910 que “Nada puede afirmarse sobre la existencia real de Manco Cápac. Es igualmente conjetural suponer que haya sido el capitán de la tribu vencedora o una creación de la fantasía popular que en él personificó esa tribu...”. (3) En una época en que se aceptaba sin reserva alguna la existencia personal de los primeros incas, siguiendo a la letra las versiones recogidas por los cronistas, y se consideraba una sucesión monárquica de los gobernantes cuzqueños que habría funcionado de acuerdo a principios similares a los vigentes en Europa y basados en la filiación patrilineal y legítima, la afirmación dubitativa de Riva Agüero demuestra un loable pudor científico frente a un problema que no puede resolverse con una mera cita bibliográfica. Intuye Riva Agüero que Manco Cápac sólo tiene existencia “real” dentro de una mentalidad mítica y que no puede atribuírsele igual calidad que a Huáscar o Atahualpa. Sin embargo, en 1937 sostiene la existencia de Manco Cápac como un reyezuelo personificado, jefe de una tribu que predominara en los orígenes del Cuzco, retractándose así de su afirmación originaria. (4) Criticó en esta última oportunidad que González de la Rosa hubiera considerado a Manco Cápac “... un ser mítico y epónimo...”, sin caer en la cuenta de una cuestión que hoy aparece clara en los estudios acerca de los mitos en los pueblos antiguos y de la mentalidad que los creó. Hoy puede aceptarse sin rubor alguno que Manco Cápac es un personaje claramente mitológico, un héroe fundador que ordena el mundo de acuerdo con las disposiciones de la divinidad; su existencia es *real*, considerando esta realidad como esencialmente diferente de la puramente histórica que corresponde a otro esquema mental. Nadie se atrevería hoy a negar que la existencia de Aquiles o Eneas responde a una realidad en el mundo mítico griego o romano y nadie piensa que sea lícito atribuirles la categoría de personaje histórico que tienen César o Alejandro el Magno. Puede suponerse que en 1937 Riva Agüero retira su lozana y acertada afirmación anterior por considerarla difícil de probar, y porque en cierta medida hacia el final de su vida desmerecieron a sus ojos las tesis de la sociología positivista que tendían a restar importancia a los individuos y dársela a los movimientos y al pensar colectivos y porque, además, hizo en esta época final una seria revisión de sus trabajos juveniles. Hay que considerar al historiador en el momento en que vive y de acuerdo a los instrumentos con los cuales trabaja. En la época en que escribe Riva Agüero no habían tenido difusión suficiente las investigaciones sobre el hombre llamado primitivo que iniciaran los antropólogos de las escuelas de Tylor y Frazer. Y si bien Mali-

3) RIVA AGÜERO Y OSMA, José de la... *La Historia en el Perú*. Madrid, Maestre, 1952, p. 101 (en adelante HP).

4) RIVA AGÜERO Y OSMA, José de la... *Civilización tradicional peruana*. En *Obras Completas*. Vol. V. Lima, Villanueva, 1966. p. 244 (en adelante CTP).

nowski había publicado ya en 1926 algunos de sus más importantes estudios, estos demorarían aún mucho en llegar al Perú y a la mesa de trabajo de los investigadores. No debe llamar la atención entonces que tampoco en la *Civilización Tradicional Peruana* encontremos la influencia de estos autores. Más de una vez se ha dicho, y con razón, que los historiadores de la América española utilizaban los métodos que acababan de ser desechados en la vieja Europa. La mayor comunicación contemporánea permite eliminar en parte este grave inconveniente.

Con referencia a la sucesión de los gobernantes incaicos, Riva Agüero sólo pudo entender el problema de la manera entonces posible de comprenderse: como una sucesión eminentemente dinástica y patrilineal. Esta era la única forma como se entendía entonces toda organización política basada en un poder personal y similar en algo a las monarquías europeas. No se apreciaba en esos momentos en toda su extensión el problema del origen religioso del cargo real, a pesar de la gran obra de Fustel de Coulanges, y era suficiente que se dijera que había una cierta vinculación entre la divinidad y el gobernante que originaba la forma de gobierno teocrática.

Tampoco se conocía la forma como habían funcionado las relaciones familiares en América precolombina y era natural que se pensara que el sistema familiar justificaba la herencia porque aún no se había delimitado los alcances jurídicos del parentesco y la propiedad en la zona andina. Considerando las ideas europeas de filiación legítima y matrimonio, de propiedad y herencia y, finalmente, teniendo en cuenta la concepción de la monarquía como era entendida en el viejo mundo, era natural que se pensara en una sucesión de este tipo en el país de los incas. Pero el genio de Riva Agüero se muestra claramente al advertir que esta "sucesión monárquica" no había sido pura y simplemente como la consideraron los cronistas, sino que se detiene a descubrir varias rupturas importantes en el sistema sucesorio durante la vida del Imperio Incaico narrada por las crónicas. Así analiza lo que entonces se llamaba el cambio de dinastía (5), luego destaca la importancia del período atribuido a Pachacútec y la confusión que hay en las fuentes entre éste y Huiracocha Inca; aclara la situación de Amaru Yupanqui en la Capaccuna tradicional, intuyendo claramente un problema de lucha de sectores para lograr el poder. (6)

Con relación al conflicto final entre los grupos dirigentes del Cuzco y Tumibamba, Riva Agüero insiste en el carácter personalista del origen de la guerra, aunque señala —ya en 1910— que era importante considerar las circunstancias sociales que prepararon dicha guerra (7). Destaca

5) HP. 105 y ss.
CTP. Lecc. VIII.

6) HP. 119 y ss.
CTP. Lecc. IX.

7) HP. 139.

aquí la poderosa intuición y la información de Riva Agüero, llamando la atención sobre la presión social del momento que se manifestaba, como luego se ha podido comprobar, en problemas religiosos y conflictos de élite. También se detiene muchas veces en el problema de la legitimidad de Huáscar y la bastarda calidad del “usurpador” Atahualpa (8); es necesario hacer notar nuevamente que si bien en la época en que escribió Riva Agüero esta afirmación podría aparecer como incuestionable, hoy es preciso resaltar que los criterios utilizados de legitimidad y bastardía responden a conceptos romano cristianos y no funcionaban de igual manera en el país de los incas. Los conceptos usados por Riva Agüero están de acuerdo con una concepción monogámica del matrimonio que determinaba la capacidad para la sucesión. La legitimidad para el caso del inca no funcionaba sobre bases estrictamente filogenéticas, sino partiendo del principio de la identidad del pretense sucesor con el arquetipo primordial Manco Cápac a través de cuya identificación se realizaba la vinculación con la divinidad solar creadora del estado incaico. No interesa entonces, al estudiar el problema con un criterio actual, el señalar la inoperante legitimidad o bastardía de los líderes del Cuzco o de Tumibamba, sino buscar la identificación con el ideal arquetípico. Lo que es importante aquí es el problema religioso y no la filiación genética entendida de la manera dicha. El conflicto del que hablamos tiene un hondo origen religioso cuyo punto central está en la fundación de la ciudad de Tumibamba como centro sagrado, realizada por la residencia del inca en esa ciudad. Es indudable, y Riva Agüero lo reconoce a menudo, que la presencia del inca sacralizaba un lugar por su carácter divino, al que hay que añadir su especial naturaleza de centro religioso, vínculo fundamental y vivo con la divinidad. La guerra no respondió sólo a ambiciones particulares de los caudillos —y esto lo entendió muy bien Riva Agüero— sino a un complejo problema religioso con hondas raíces en la movilidad que las conquistas incaicas ocasionaron en la sociedad andina y especialmente en la élite. También cabe, finalmente, señalar que la ocasional identificación de Atahualpa con Tumibamba o con el fabuloso “Reino de Quito” termina con la total y absoluta inmersión del “caudillo quiteño” en el mundo y las tradiciones del Cuzco ancestral.

Si bien es verdad que los estudios de Riva Agüero sobre la historia andina revisten el carácter de síntesis histórica común a los primeros años del presente siglo, encontramos en ellos un novedoso espíritu crítico patente en la discusión permanente de las afirmaciones de cronistas e historiadores. Si no abandona radicalmente el estilo narrativo no cae jamás en el fácil error de la narración anodina, y las abundantes referencias a las fuentes escritas sobre la vida de los incas están matizadas por una duda benéfica y activa que introduce, desde 1910, una auténtica pro-

8) HP. 136.
CTP. Lecc. XIII. p. 349.

blemática de la historia andina. Al referirse en muchas oportunidades a la vida religiosa concentra su atención, con un espíritu combativo característico, en discutir el origen del mito del Huiracocha andino, cuya importancia creadora es fundamental en la región sur de los Andes peruanos. También presenta Riva Agüero una serie larga de nuevos caminos al estudioso contemporáneo. Deja apenas esbozos para los investigadores que lo suceden y que encuentran permanentemente en su obra importantes fuentes de sugerencias. En 1910 intentó una aclaración del problema de Huiracocha y Pachacútec, que ha sido motivo de un nuevo e inicial planteamiento por Carlos Aranibar (9), y también en la obra de ese año encontramos una clara sugerencia acerca de la institución del correinado entre los incas, en el caso de Amaru Yupanqui y Túpac Inca, y que será posteriormente desarrollada en parte por el mismo Riva Agüero en 1937. Este último planteamiento ha sido un feliz punto de partida para las investigaciones realizadas posteriormente por María Rostworowski de Diez Canseco (10) y que llevaron a una interesante solución al problema. Encontramos aquí una clara muestra del valor orientador que la obra de Riva Agüero presenta a los historiadores contemporáneos. Su planteamiento resalta una vez más la importancia de los grupos humanos en conflicto frente a las puras actuaciones y ambiciones personales. Desde el trabajo inicial a las lecciones dictadas en la Universidad Católica, es fácil rastrear los problemas que sólo quedan sugeridos a veces y que muchas otras son umbrales de estudios fructíferos. Es casi un lugar común, pero es necesario repetirlo, que la obra de Riva Agüero tiene lugar destacado en la historiografía peruana no sólo por sus logros del momento, sino por las abundantes sugerencias que guían al historiador posterior.

Este breve análisis no puede terminar sin hacer mención de una calidad esencial de Riva Agüero, manifiesta en su sólida cultura universal, que le permite introducir una nueva manera de realizar comparaciones históricas, diferente de la forma ligera como se hacía antes de él. Plantea las similitudes de conjunto, con visión amplia, no deteniéndose solamente en aspectos ocasionales. Buen ejemplo de esta madurez comparativa lo encontramos en las últimas páginas de la *Civilización Tradicional Peruana*.

Los que estudiamos la historia del país de los incas debemos a Riva Agüero, aparte de sus aportes concretos y sus valiosas sugerencias, la luminosa serenidad de su trabajo de historiador, su voluntad permanente de analizar los problemas de la historia del mundo andino. No creo, sin embargo, que debamos considerar que lo esencial de su magisterio

9) ARANIBAR, Carlos... Pachacútec. En Biblioteca Hombres del Perú, Lima, 1964 (1ª serie, Vol. II).

10) ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO, María... Pachacútec. Lima, Torres Aguirre, 1953.



está en sus opiniones y conclusiones, muchas de ellas hoy discutibles, sino en su insobornable voluntad de renovación, que le dio valor unas veces para rectificar su pensamiento, y su constancia en el estudio que le permitió otras mantenerlo; demostrando con esto que consideraba que las interpretaciones que los historiadores hacen nunca llegan a ser plenamente absolutas porque lo absoluto —también en Historia— está siempre más allá del alcance del hombre.